ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ Y FERNANDO LUQUE

El puesto de "antiguités" de Baldomero Pagés

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS, ORIGINAL

Estrenado en el TEATRO DE LARA
de Madrid,
el día 25 de Febrero de 1921.



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1921

El puesto de "antiquités" de Baldomero Pagés

El puesto de "antiquités" de Baldomero Pagés

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa, original

DE

Enrique García Alvarez y Fernando Luque

Estrenado en el TEATRO DE LARA
de Madrid,
el día 25 de Febrero de 1921.



MADRID
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA MILITAR
Pasaje de la Alhambra, 1.
TELÉFONO 18-40
1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VISITA...	Leocadia Alba.
ACACIA...	Guadalupe M. Sampedro.
BALDOMERO...	Ricardo Simó-Raso.
AURELIO...	José Balaguer.
WENCESLAO...	José Mora.
LORENZO...	Juan Espantaleón.
PARRONDO...	Juan Espantaleón.
CLARO...	Miguel Gómez.
MR. GIBBONS...	Miguel Gómez.
DOCTOR...	Federico González.
CABALLERO...	Casto Sapela.
MATIAS...	Lorenzo Velázquez.
CAMARERO...	Victoriano Alemán.

La acción, en Madrid.



ACTO PRIMERO

Barraca de antigüedades, en el Rastro, dentro de la cual hay una profusión de objetos que marea. A la derecha del actor, una armadura completa, con un lanzón en la mano izquierda. Junto a esta armadura, un maniquí, con vestidura y careta de chino. Entrada amplia al foro. Puerta a la derecha, primer término.

(BALDOMERO está sentado en un sitial de respaldo alto rematado con una corona. Baldomero lleva gafas. Se toca con un fez y aparece leyendo un periódico atentamente. Un Caballero anciano y algo derrotado revuelve y toca los objetos.)

Baldom. No toque la sobrepelliz, caballero. *(El Caballero continúa husmeando.)* Caballero, no toque la armadura, que es de los Austrias. *(El caballero sigue en sus pesquisas.)* Tenga la bondad de no tocar a ese San Antonio de Padua, que está pegado con cola. Caballero, caballero, no toque la guitarra, que estoy neurálgico. *(Se levanta, lo coge de un brazo y le grita.)* ¿Usted qué busca?

Caball. Un cuadro flamenco.

Baldom. ¿De quién? ¿De Teniers, Wankssel o Van Dyk?

Caball. Flamenco.

Baldom. ¿Pero de qué autor?

Caball. Me es lo mismo.

Baldom. ¿Y el asunto? ¿Aldeanos de fiesta, un figón en Holanda o fumadores alrededor de una pipa?

Caball. Flamenco, flamenco.

Baldom. ¡Caray, que esto que le digo a usted es más flamenco que la Niña de los Peines!

Caball. A mí me gustaría bailadora en un tablao, una juerga en «Los Gabrieles» o algo parecido. Flamenco. Y me gustaría un aguafuerte.

Baldom. ¿Un aguafuerte?

Caball. Sí, señor.

Baldom. ¿Le hace a usted el aguarrás?

Caball. No, señor.

Baldom. Pues mire y no toque, que aquí no hay ningún bautizo.

(El Caballero saca una lupa y sigue revolviendo cosas.)

Caball. ¿Vende usted sueltos estos botones de esta casaca?

Baldom. ¿Es que va usted a poner un casino?

Caball. ¿Cómo?

(El Caballero arranca los botones de la casaca, los envuelve en un papel y se los guarda.)

Baldom. ¿Pero qué hace ese hombre? ¡Eh, amigo! ¡Oiga! ¡Caray!

Caball. ¡Ajajá! Ahí van cuarenta céntimos. Lo tratado es lo tratado.

Baldom. ¿Pero qué es la tratao?

Caball. ¿Cómo?

Baldom. Váyase, o le voy a dar una patá que va a ir gratis a las Canarias.

Caball. Pero...

Baldom. *(Tomándole de un brazo y empujándole.)* ¡Váyase, so pelmazo!

Caball. Abur. *(Mutis por el foro.)*

Baldom. ¡Hora y media revolviéndolo todo y tocándolo todo para hacer de gasto cuatro gordas! Y... *(Fijándose en la casaca.)* Su madre, ¡pero si ha sacao el pedazo de tela con cada botón! Bueno, esta casaca no me la quieren ni pa un martes de Carnaval. Empieza el día como pa terminarlo en el Depósito. ¿A qué estamos hoy? *(Mira un almanaque.)* Trece y martes. Bueno, pero cómo no me había yo fijao. Estoy por cerrar el puesto a piedra y fango; a mí, días aciagos, no.

(Sale VISITA por el foro, coge una silla, se sienta y se cae.)

Pero señora, ¿no ve usted que esta silla tiene un letrero que dice 25 pesetas, lo último, 1,75?

Visita *(Levantándose.)* ¿Pero esto es una silla o un matasuegras?

Baldom. Esto es que usted no tiene educación, porque si la tiene y me pregunta ¿da usted su permiso?, le contesto: siéntese usted encima de la cómoda y deje esa silla, que tié reuma.

Visita ¿Entonces, dónde me siento?

Baldom. Aquí, en este trono medioeval. Y yo, en este taburete arábigo.

Visita *(Sentándose en el sitial.)* Pues con su permiso.

Baldom. Y servidor con el de usted.

Visita Tantísimas.

Baldom. Su majestad puede soltar el chorro.

Visita Bueno, pues vengo a decirle a usted que ya estoy hasta aquí de usted, de su hija, del puesto y de los cuatro pingos que hay en el puesto. ¿Se va usted enterando?

Baldom. Vamos por partes. Capítulo primero: Su hijo de usted, que como fresco, Burgos a su lao es un baño de Archena, hace cuatro meses habla, según se murmura, con mi hija Acacia, que es otra que tal foxtrea, y se entienden, el Señor sabrá de qué manera; porque yo a su hijo, desde que le descalabré con aquella llave de la Bastilla, que por cierto se melló y ganó en valor artístico, no le he vuelto a ver el acaracolado pelo que me gasta, y sospecho que no le podré echar la visual, porque su primogénito me tiene un pánico, que le hablan de mí y le tienen que dar éter.

Visita ¿De dónde ha sacao usté esa anécdota?

Baldom. Es una efemérides.

Visita ¿Una efemérides? Qué risa. Está usté más equivocao que el Gobierno, porque en toavía no ha nacido el gachó que le meta miedo a mi Aurelito. Mire usté; el año pasao, por Enero, iba tos los días al Monte de El Pardo, mandao por el doctor para oxigenarse, y al regresar una noche le salieron tres gachós a la carretera y le dijeron: venga la capa; y fué Aurelito y les gritó con voz cavernosa: el que quiera la capa que se venga conmigo al Monte

Baldom. ¿La tenía empeñada?

Visita En seis pesetas, sí, señor. Y se retiraron los

apaches, murmurando: en Enero y sin capa; es un héroe.

Baldom. Tié usté razón. Con ese episodio ha probao que se sonríe de las bronquitis; pero no sé si usté se habrá fijao que servidor es una galerna en el Cantábrico.

Visita Ya había yo notao que era usted una galerna.

Baldom. ¿En qué?

Visita En lo que sopla.

Baldom. Acordes. Pues bien, ahora se desata la galerna y brama: que servidor no ha criao una hija con biberón hasta los dos años, y con jamones y cabezas de jabalíes hasta los diez y ocho y pagando tres profesoras de inglés, piano y sombrerería, respecticamente, pa que venga a la postre un pasmao y se la lleve de alelíes, a vivir de sus conocimientos y de la dote de su padre, aquí presente, que no es ninguna mezquindad.

Visita ¿Ha terminao el tribuno?

Baldom. He dicho.

Visita Pues voy a hablar yo.

Baldom. Espere la castellana. He dicho una mezquindad, y he dicho una tontería, porque servidor puede defender un mes una fortaleza achagando con duros.

Visita Mi enhorabuena al guerrero; ¿pero puede una servidora decir dos palabras?

Baldom. Si no son óscenas, puede.

Visita Pues ahí van las dos. Sabe de antiguo el anticuario que servidora tiene la tienda de compraventa mercantil más acreditá del dístrito. De modo que una tía cuentacorrentista como yo no ha criao un hijo enseñándole el acordeón y la guitarra como asignaturas de adorno y le ha costeao todos los domingos durante seis años un ida y vuelta a Segovia con objeto de que viera mundo, pa que luego conozca a una niña bien que tiene una asaura que si va por la Puerta del Sol se la van pisando por las Ventas.

Baldom. ¿Y eso es todo?

Visita Absolutamente.

Baldom. ¿Y a qué viene aquí la cuentacorrentista?

Visita A que diga usted a esa joya de niña que ha criao, que como vuelva a escribir a mi hijo otra carta como ésta aquí presente, servidora la maja, y la degolla.

Baldom. *(Tomando la carta.)* A ver, a ver. *(Se cala las gafas y lee con gran dificultad.)* Mi au. ¿Dice miau?

Visita Mi au. Mi au, dice. Continúe.

Baldom. «Mi Aurelio: *(Leyendo.)* Tengo un plan para el porvenir que me parece que no marra, pero si marra mi Au, mi Aurelio, estamos perdidos; procura verme que yo estoy loca por hablarte miau... relio y no te preocupes por mi salud, que yo mallo muy bien.»

Visita Ya lo creo que malla.

Baldom. *(Sigue leyendo.)* «Miau... relio de mi vida y de mi alma, tu morronga, Acacia.»

Visita ¡Tu morronga! Lástima de cordilla.

Baldom. ¡Maldita sea su alma!

Visita ¿Qué le parece a usted la niña?

Baldom. Eso galopa de mi cuenta. Conque miau... y marramiau. Bueno, la estoy viendo en el tejao de la patá que la voy a dar. So sinvergüenza, escribirle a un hombre y decirle que está loca por él; yo no he conocido eso nunca, a mí no me ha escrito jamás una mujer.

Visita Le he escrito yo.

Baldom. Usted no es una mujer.

Visita ¿Cómo que no?

Baldom. Usté es una cosa abstacta y epicena.

Visita Yo soy tan dama como la Pompadur, y he estao muchos años en una posición muy alta. *(Gritando.)* ¡Muy alta!

Baldom. Ya sé dónde.

Visita ¿Dónde?

Baldom. En la copa de un cocotero.

Visita ¡Qué gracioso! Bueno, que usted se alivie, y repítale a la niña que de aquí en adelante sea más decente.

Baldom. ¿Cómo decente? Váyase usted de aquí, que no respondo. *(Empujándola.)*

Visita No avasalle, señor; tenga la merced de no avasallar.

Baldom. Que se vaya, que no respondo.

Acacia *(Dentro.)* ¡Padre, padre!

Baldom. *(Empujando a Visita.)* Que se vaya usted he dicho.

Acacia *(Dentro.)* ¡Padre, padre!

Visita Que le están a usté llamando.

Baldom. Que no respondo. Váyase.

Visita Señor, qué genio, qué barbaridad. *(Mutis por el foro.)*

Baldom. A mí con indirectas.

Acacia *(Saliendo por la derecha.)* Padre; pero padre, ¿no oye usted que le estoy llamando a gritos?

Baldom. Venga usté acá.

Acacia ¿Yo?

Baldom. Usted.

Acacia ¿Pero por qué me llama usted de usted?

Baldom. Porque no tengo más remedio que llamarte de usted. Porque has dejao de ser hija mía usted.

Acacia ¿Yo?

Baldom. Usted, como lo oyes.

Acacia ¿Pero a qué obedece?

Baldom. *(La coge de un brazo y le dice al oído.)* ¡Miau!

Acacia No entiendo, padre.

Baldom. Pues que esto se ha terminao, y como Wenceslao haya rematao la venta de esa armadura en las dos mil del ala a ese señor del hotel de la Guindalera, mañana te llevo a la Carolina y a la Eufrasia, tus dos tías, y que ellas se encarguen de ti, que ellas sabrán arreglarte, porque tus dos tías en estos achaques de amor son dos duchas, que es lo que te está haciendo falta.

Acacia ¿A mí? Repito que no le entiendo a usted, padre.

Baldom. ¿Que no me entiendes? No conoces a uno que se llama Aurelio?

Acacia No caigo.

Baldom. Verás en cuanto te dé una patá cómo caes.

Acacia ¿Pero padre, qué me está usted diciendo?

Baldom. Mira, Acacia, no hagas que se me salte la tapa de la olla y me ciegue, porque entonces tú y yo salimos pintaos al óleo en un lienzo con ocho viñetas y un letrero grande arriba que diga una cosa así:

Crimen horrendo y brutal,
cometido por un padre
con una hija angelical.

Diez céntimos la colección completa.

Acacia Nada, padre, que no le entiendo a usted ni una sílaba.

Baldom. Mira, dime la verdad. ¿Tú hablas con Aurelio?

Acacia No, señor.

Baldom. Jurámelo.

Acacia Por la memoria santa de mi madre.

Baldom. Me tranquilizo. De modo, hija querida, que

te has desengañao de que no te conviene ese bigardo sin oficio ni beneficio.

Acacia No, señor, no me he desengañao.

Baldom. ¿Cómo que no? ¿Entonces por qué dices que no hablas con él?

Acacia Porque no puedo.

Baldom. ¿Y por qué no puedes?

Acacia Porque usted no me deja.

Baldom. ¡Mi madre octogenaria! ¿De modo que no hablas con él porque tienes la valla de mi voluntad?

Acacia Sí, señor; pero noto que le quiero cada día más, padre.

Baldom. ¿Qué dices?

Acacia Aunque usted me triture se lo tengo que decir a usted. Hace quince días que no le veo, precisamente desde el día que le tiró usted la llave de la Bastilla a la cabeza, y se lo puedo a usted jurar en cruz y delante de Santa Rita. *(Exaltándose.)* Desde entonces, cada vez que cierro los ojos, le veo. Y lo mismo es cerrar los ojos que me empieza a accionar y a gesticularme en silencio de esta manera.

Baldom. No acciónes que te degluto la nuez.

Acacia Por eso todos los días tropezaba yo con todos los muebles y con todos los cachivaches que encontraba al paso, porque iba ciega, sí, sépalo usted, ciega, porque llevaba los ojos cerrados pa verle.

Baldom. ¿Entonces, cuando tiraste al suelo aquel jarrón veneciano que me lo hiciste harina?...

Acacia Lo iba viendo.

Baldom. ¿Cómo lo ibas a ver si lo tiraste?

Acacia A Aurelio, que veía a Aurelio, a mi Aurelio.

Baldom. Acacia, no hables de él con esa pasión, que te mato.

Acacia *(Cerrando los ojos.)* Sí, lo veo, lo veo.

Baldom. *(Baldomero le pega una patada.)*

Acacia ¡Ay!

Baldom. ¿Lo ves? ¿Lo estás viendo?

Acacia ¡Padre!

Baldom. ¿Lo ves? *(Persiguiéndola.)*

Acacia Pero ¡padre!... *(Mutis por la derecha.)*

Baldom. ¡Maldita sea tu vida, hija proterva! Que yo te meto en las Arrepentidas es del siglo nueve, y al pollo ese; bueno, al pollo ese, que no le vea yo, que no vea yo a ese pollo, por-

que lo aso. Dios Todopoderoso, que no le vea. Evita un crimen, Jesús Crucificado; que no vaya yo a la cárcel, que si lo veo, voy, San Luis de Calasanz. *(Medio mutis.)* Voy, San Luis; San Luis, voy, voy. *(Mutis por la derecha.)*

Aurelio *(Que está en la armadura. Alzándose la visera.)* Me la he buscao. *(Avanza palpándose con las manos.)* Me la he buscao y no la encuentro. ¿Dónde habré puesto yo la caja del mentol? Porque yo aquí me asfixio. *(Busca entre los objetos próximos.)* Como hombre prevenido vale por una familia, me compré en una farmacia una cajita que dice en la tapa: «Refresca y facilita la respiración», y como yo venía dispuesto a meterme en esta hojalatería portátil, díjeme: cuando me falte el oxígeno, me mentolinizo las mucosas y puedo ir tirando. Señor, si yo dejé la caja sobre esta mesita al lado de este camafeo, que por cierto es camafeísimo; nada, nada, y el padre lo ha dicho bien claro: si lo veo lo mato; pero sí, sí, con esta armadura cómo me va a matar, con esta armadura que parece de hormigón, como no traiga un arma dura. ¡Recota! Alguien viene. *(Se echa la visera y toma la posición que tenía antes. Sale Acacia con los ojos cerrados, por la derecha.)*

Acacia Lo veo... lo veo... lo veo.

Aurelio *(Sin moverse.)* ¡Pobrecita! Dice que me ve. Qué me va a ver. ¡Acacia!

Acacia ¡Ah! Y me habla, es su voz, le oigo.

Aurelio Acacia.

Acacia *(Sin abrir los ojos y avanzando.)* Le oigo, le oigo.

Aurelio Acacia, que estoy aquí.

Acacia ¿Dónde?

Aurelio Aquí, Acacia. Ven hacia acá, Acacia. *(Se levanta la visera y Acacia abre los ojos.)*

Acacia ¡Ah, tú! Estás perdido.

Aurelio Quería verte, quería hablarte, aproveché un descuido que no había nadie en el puesto y me metí aquí dentro.

Acacia ¿Y desde cuándo estás ahí?

Aurelio Desde ayer por la noche.

Acacia Pobrecito mío.

Aurelio *(Con voz desmayada.)* Acacia.

Acacia ¿Qué quieres, mi alma?

Aurelio ¿Tienes algún comestible a mano?

Acacia ¿Pero estás sin comer?

Aurelio Diez y ocho horas.

Acacia ¡Por mí!

Aurelio Por ti.

Acacia Eso es que me quieres locamente.

Aurelio Con ceguera, con vértigo; por ti tengo una debilidad que todo me da vueltas.

Acacia A mí me ocurre una cosa parecida.

Aurelio Todo me da vueltas. Veo a tu padre y se me figura un tío vivo; pero en fin, vamos al grano, ya que no hay pan. Tengo que hablarte urgentemente. Ya viste la acción grosera que me hizo el autor de tus días.

Acacia No me hables, pobre Aurelio, lo que habrás sufrido; con tu carácter, te pondrías furioso.

Aurelio Me puse tafetán; pero vamos al grano: ¿me quieres, Acacia?

Acacia Como nunca. Más que ayer y más que anteayer.

Aurelio Entonces ¿mañana me querrás más que hoy?

Acacia Y pasado, más.

Aurelio Pues vengo a proponerte la fuga.

Acacia ¿Huir contigo?

Aurelio Sí, al Cairo.

Acacia ¡Jamás!

Aurelio ¿Cómo que no vienes conmigo al Cairo?

Acacia Es que yo no sé dónde está el Cairo.

Aurelio Calla, gente viene. *(Se echa la visera y vuelve a su posición.)*

(Sale un camarero por el foro con un servicio de café y media tostada.)

Camar. ¿Es aquí donde han avisao un café con media?

Acacia Sí, señor. Déjele usted ahí en esa mesa.

Camar. *(Dejando el servicio.)* Que alimente. *(Mutis por el foro.)*

Acacia Gracias.

Aurelio *(Se levanta la visera rápidamente.)* ¿Es caracolillo? *(Avanza hacia el servicio.)*

Acacia *(Interponiéndose.)* Sí; pero, por Dios, respételo, que es para mi padre.

Aurelio Por la memoria de tu madre, deja que empape esa media.

Acacia Por nuestro amor, Aurelio, por nuestra felicidad futura, detente, no la cojas, que viene mi padre. *(Se sienta en el taburete. Aurelio desde su sitio pincha con la lanza la tostada.*

Entra en esto Baldomero y entonces Aurelio se queda con la lanza firme y la tostada en la punta.)

Baldom. *(Entrando por la derecha.)* ¿Pero qué es esto? ¿Han traído el café y no me avisas?

Acacia Le he dao a usted una voz.

Baldom. ¿A mí? Pero... *(Fijándose en el servicio.)* Oye, ¿por qué no has dicho que traigan media tostada de abajo, como te encargué?

Acacia *(Sin volver la cabeza.)* Ahí está.

Baldom. ¿Dónde?

Acacia En el platillo.

Baldom. Mira, niña, como te chufles, te arreo.

Acacia ¿Yo, padre?

Baldom. ¿Y qué haces ahí? Ya estás andando a poner en los estantes la biblioteca que compré ayer a la viuda de Echegaray, 14.

Acacia ¡Dios mío, que no le descubra! *(Mutis por la derecha.)*

Baldom. Y ese Wenceslao sin venir. ¡Maldita sea su alma! Me está dando mala espina lo de la armadura. Martes 13, me parece a mí que... ¿qué hora es? *(Saca el reloj.)* Las nueve y cuarto. No puede ser. Debe ser más tarde seguramente. Voy a ver el sol. *(Alza la cabeza y ve la media tostada en la punta de la lanza.)* ¿Es la media? *(Llevándose la mano a los ojos.)* ¡Caray, pues es la media! *(La coge.)* ¿Pero quién ha puesto aquí la media? *(Se sube en una silla y coge la media.)* Esto es una bromita de mi hija. Y está a tornillo. *(Sale Wenceslao por el foro.)*

Wences. ¡Buenas, Baldomero!

Baldom. Calla, Wenceslao, ¿pero has venido ya?

Wences. Aquí me tienes; ¿pero qué haces ahí arriba?

Baldom. Cogiendo una media.

Wences. La habías puesto a secar.

Baldom. Y se ha tostado. *(Baja.)* Bueno, ¿qué hay del negocio?

Wences. Finiquitao. Anoche estuve con el socio comprador hasta las tres de la mañana; señores, qué tío más pelma. Me sacó un libro de la historia de la armadura desde el siglo V.

Baldom. Gachó, desde el siglo V.

Wences. Hasta ahora. *(Va por una silla para sentarse.)*

Baldom. ¿Dónde vas?

Wences. Digo que desde el siglo V hasta ahora. *(Se sienta.)*

Baldom. Ya, ya.

Wences. Y me enseñó varios modelos muy parecidos a éste. *(Indica la armadura.)* Y me dijo que como fuera la armadura de Godofredo de Buillón, daría las mil.

Baldom. ¡Mi padre, las mil!

Wences. Sí, señor; pero siempre que fuese, naturalmente, la que llevaba Godofredo cuando guerreó con Solimán.

Baldom. ¡Mira que si fuera ésta!

Wences. Dice que la de Godofredo debe tener por lo menos seis bollos. *(Aurelio se mira.)*

Baldom. ¿Seis bollos?

Wences. Sí, que se los hizo la maza traidora de Solimancito.

Baldom. Pues mira, por si acaso cuela, voy adentro por una porra.

Wences. Qué porra.

Baldom. Una porra india que tengo catalogada como de Hernán Cortés, que chafas con ella la proa de un acorazao. Y esa armadura que ves ahí, dentro de seis minutos tiene más bollos que la Mallorquina. *(Aurelio se bambolea.)*

Wences. Oye, tú, no seas bruto, a ver si exageras.

Baldom. Descuida. Voy a buscar la porra, que la debo tener en un arcón. Espérate ahí. *(Mutis por la derecha.)*

Wences. *(Acercándose a Aurelio.)* Según me ha dicho ese señor, un bollo lo tiene aquí en la cabeza, en este sitio. *(Saca un lápiz y hace una cruz donde indica.)* Bollo primero. Aquí hay que arrear. Caray con Solimán. No sé cómo no le rebozó los sesos a don Godofredo. El segundo aquí, en este sitio que corresponde a los riñones. *(Hace otra señal.)*

Matías *(Saliendo por el foro.)* Buenos días.

Wences. Apacibles y rastreros.

Matías ¿Está el dueño?

Wences. Sí, señor. Usted dirá lo que desea.

Matías Es que ayer dejé apalabrada una escopeta de caza, y venía a ver si me la dejaba en las ocho pesetas que le dije.

Wences. Pues no tardará en salir el señor Baldo.

Matías *(Buscando entre los cachivaches.)* Me parece que la tenía por aquí. A ver, en este rincón. Justo, mírela usted. *(Coge la escopeta.)* Con permiso. *(Se pone a examinarla.)* No, el arma-

es buena, ya lo creo; ahora, que el punto de mira está desnivelao.

Wences. ¿Qué mira?

Matías *(Alzando la escopeta y poniendo el cañón hacia Wenceslao, que está a la izquierda.)* El punto.

Wences. ¡Che, oiga! *(Empujando el cañón de la escopeta.)* Tenga la bondad de volver el cañoncito pa allí, que aunque se dispare y dé a la armadura, no se pierde más que la hojalata.

Matías *(Volviendo la escopeta hacia la derecha en la dirección de Aurelio.)* Tiene usted razón. *(Al volver Matías la escopeta, Aurelio se agacha.)* Qué lástima de punto. *(Desvía la escopeta hacia su frente. Aurelio se levanta.)* Y el gatillo no juega. *(Vuelve la escopeta hacia Aurelio y Aurelio vuelve a agacharse.)* Debe estar oxidao.

Aurelio Cuidao.

Matías *(Volviendo la cabeza hacia Wenceslao.)* No tenga usted cuidao.

Wences. ¿Quién, yo?

Matías Gachó, qué miedo tiene. En fin, *(Dejando la escopeta.)* se le pueden dar seis pesetas.

(Sale Baldomero con una porra de gran tamaño.)

Baldom. Caray, qué trabajo me ha costao encontrarla.

Matías Felices.

Baldom. ¡Calla, el tío de la escopeta de ayer!

Wences. Este señor que venía a...

Baldom. Ya, ya, que viene a darme las 75 que le dije.

Matías Ya me la dejará usted en las seis.

Baldom. ¡Jay! Este arma no sale de aquí menos de las 75 del ala.

Matías Le doy a usted siete y media.

Baldom. *(Tendiendo la mano hacia la escopeta.)* Mi arma.

Matías Veintidós y media.

Baldom. Mi arma.

Wences. Olé los tíos flamencos.

Matías *(Dando a Baldomero la escopeta.)* Ahí va su arma, y que la venda usted en lo que quiere, porque lo que es yo, antes mato a los pájaros a disgustos. *(Mutis por el foro.)*

Baldom. Como si los quiere usted matar de risa; nos ha fastidiao el escopetero.

Wences. ¿Y ésta es la maza que decías?

Baldom. Sí; fíjate qué piña

Wences. Pues duro, que el comprador está al caer. Oye, aquí te he marcao con lápiz los sitios donde tienes que abollar; ni más abajo ni más arriba, que el socio tiene un croquis exacto.

Baldom. *(Tocando la cabeza de la armadura.)* ¿Aquí dices?

Wences. Sí; aquí el primero.

Baldom. Pues voy a tomar distancias y a bolear. *(Levanta la porra y sale Acacia, que da un grito.)*

Acacia ¡Padre!

Baldom. *(Quedándose con el brazo en alto.)* ¿Qué quieres?

Acacia ¿Qué hace usted con esa porra?

Baldom. Nada, que voy a abollar esta armadura.

Acacia *(Interponiéndose.)* No, eso no, padre. *(Al interponerse Acacia, Aurelio se agacha tras ella.)*

Baldom. ¿Cómo que no?

Acacia Que no; primero me da usted a mí que estropear esa bonita defensa guerrera.

Baldom. Quítate de ahí, que te ondulo el pelo. *(Trata de separarla.)*

Acacia *(Resistiéndose.)* ¡Nunca, jamás! Está usted loco. Lo único de valor que hay en la tienda.

Wences. Vamos, chica, que te quites.

Baldom. Quítate, que no está el horno pa magdalenas.

Acacia Una joya histórica; ¡jamás, jamás!

Baldom. *(Decidido.)* Wencesla, haste a un lao. *(Levanta la porra. Acacia, fingiendo accidentarse.)*

Acacia ¡Ay, ay!

Baldom. *(Conteniéndose.)* ¿Qué es eso?

Acacia ¡Ay, ay, que me muero! *(Se deja caer en brazos de su padre.)*

Wences. ¿Pero qué le pasa?

Acacia Un médico, dos médicos, que me muero por minutos.

Wences. Oye, tú, Baldomero, que esta chica pone los ojos en blanco.

Acacia ¡Ay, me muero! Ha llegao mi última hora; que vayan por un padre.

Baldom. Pero si estoy aquí, rica.

Acacia Otro padre.

Wences. Oye, esta chica se te ha vuelto loca.

Baldom. ¡Acacia, Acacia!

Wences. ¡Oye, que se está quedando helá!

(Acacia patalea en dirección de dos cuadros que hay apoyados en la pata de una silla.)

Baldom. ¡Quita esos cuadros! *(A Wenceslao.)*

Wences. ¿Qué cuadros?

Acacia Los óleos.

Baldom. *(A Wenceslao.)* Los óleos.

Wences. ¡Ah, ya! *(Retira los cuadros.)*

Baldom. Vete a la Casa de Socorro, pero a escape. *(Wenceslao sale corriendo por el foro.)*

Wences. Voy.

Baldom. Acacia, hija, vuelve. *(Gritando.)* Vuelve. *(Vuelve Wenceslao.)*

Wences. ¿Qué quieres?

Baldom. Le digo a ésta. Corre.

Wences. Voy escapao. *(Mutis por el foro.)*

(Acacia da un respingo más fuerte que los demás.)

Baldom. *(Mesándose los cabellos. Aurelio se acerca a Acacia y la contempla con atención.)* ¡Maldita sea mi vida y mi alma! Voy a dar una voz a la... *(Alza la cabeza y ve la armadura al otro lado de Acacia.)* ¡Mi abuela! ¿Quién ha corrido aquí esta armadura? ¿Pero quién ha corrido aquí esta armadura? Pues sí que es una broma. ¡Acacia, hija de mi alma! Bueno, el caos. Pero a mí no se me muere, yo traigo un médico a patás. *(Sienta a Acacia en el sitial y hace mutis como un loco por el foro.)*

Aurelio *(Levantándose la visera y arrodillándose a sus pies.)* ¡Acacia de mi vida!

Acacia *(Dejando de fingir.)* Tonto, si no estoy privada. Si no estoy privada más que de ti. Si esto ha sido una estratagema, para quitarte más palos que hay en un tendedero.

Aurelio ¿Será posible, vida de mi vida? Qué susto me has dao. Mira cómo estoy. *(Le tiende la mano; ella le toma el pulso.)*

Acacia Friísimo.

Aurelio ¿Lo ves? Calla, pero si ahora caigo, que has tocao el metal.

Acacia ¡Ay, Aurelio, cuántos sinsabores! Huye. Huye.

Aurelio Sin ti, jamás.

Acacia No puede ser. Mi padre vuelve. Vete a tu puesto, que no te vea, porque si no creerá que esto es una celada que se le tiende.

Aurelio La celada.

Acacia ¿Qué dices?

Aurelio Que me bajes la celada.

Acacia Voy. *(Lo hace.)* ¡Dios mío, qué apuros! *(Vuelve Aurelio a su sitio y Acacia al sitial. Entran Baldomero y el DOCTOR por el foro. Este Doctor es un joven de unos treinta años, vivaracho, guasón y lleva el sombrero de medio lado.)*

Baldom. Aquí, señor Galeno.

Doctor *(Sofocadísimo.)* ¡Rejeringuilla, qué caminata! Esto es una carrera, y no la de Leyes. ¿Dónde está la atacada?

Baldom. Aquí; la joven, que es mi hija. ¡Hija mía!

Doctor *(Acercándose a Acacia.)* Recacodilato, esta joven está colosal. Qué guapa, qué ojos, qué boca, qué líneas. *(La toma el pulso.)*

Baldom. ¿Cómo está, Doctor?

Doctor Colosal, digo, alterada, el pulso frecuente, la piel un poco fría, pero por lo demás, estupenda, digo, normalísima.

Baldom. Bueno, señor Doctor, le pido a usted que me diga la verdad. Reconózcala usted bien y pídame usted la vida.

Doctor Nada, hombre, nada. *(Se pone a reconocerla.)* Con permiso. *(Apoya la cabeza en el pecho de Acacia. Aurelio deja caer la lanza sobre el Doctor.)* ¡Caray, qué es esto!

Baldom. *(Recogiendo la lanza y colocándola en la mano de Aurelio.)* Nada, Doctor, nada. Aquí la lanza, que se ha desprendido.

Doctor ¿Estoy seguro? *(Al oído de Acacia.)* Estoy seguro que usted no tiene nada, señorita.

Acacia *(Abriendo los ojos.)* ¿Cómo dice usted? *(Hablan mientras Baldomero sujeta la lanza a la mano de Aurelio con una cuerdecita.)*

Doctor Que es usted una guasona.

Acacia ¡Ay, señor Doctor, sálveme! Aleje a mi padre; mi situación es desesperada, mi novio está aquí.

Doctor Su novio, picaruela.

Baldom. Bueno, ¿qué tiene, señor Doctor, qué tiene?

Doctor Pues tiene un novio. *(Aurelio y Acacia dan un grito.)*

Baldom. ¿Qué pasa?

Doctor Nada, vamos a ver. ¿Qué ocurrió cuando le dió el ataque?

Baldom. Pues que empezó a dar gritos y sacudidas y a quejarse mucho.

Doctor Dió muchos gritos, ¿verdad?
Baldom. Sí, señor.
Doctor Muchas sacudidas.
Baldom. Exacto.
Doctor Y se quejó enormemente.
Baldom. Histórico.
Doctor Pues esta señorita padece una hiperalgesia.
Baldom. Y peral ¿qué?
Doctor Hiperalgesia.
Baldom. ¿Y eso qué es?
Doctor Diez pesetas, caballero, incluyendo el reconocimiento; y conste que le llevo muy barato, porque mi reconocimiento ha sido grande.
Baldom. Y dígame, eso que ha dicho usted ¿no será nada?
Doctor Diez pesetas, ya se lo he dicho.
Baldom. Bien, pero aparte de la minuta...
Doctor Aparte, nada. Puede usted estar tranquilo.
Baldom. Me oxigena usted.
Doctor Como su hija de usted he tenido muchísimas.
Baldom. Pues ahí van los dos duros.
Doctor *(Tomándolos.)* Muchísimas.
Baldom. Y diga usted, ¿se han curado?
Doctor *(Guardándose el dinero.)* Muchísimas.
Baldom. Pues muy agradecido, y cuando usted guste ya sabe que puede pasarse por este su puesto.
Doctor *(Dando la mano a Baldomero y mirando a Acacia.)* Por supuesto, pues es poco guapa. Muy suyo. *(Mutis por el foro.)*
Baldom. Que usted lo pase bien. Pero esta chica no vuelve, ni vuelve tampoco Wenceslao, y yo no vuelvo de mi asombro. ¿Qué será esta hipergústica?
Acacia *(Dando un suspiro y abriendo los ojos.)* ¡Ay! ¿Dónde estoy?
Baldom. ¡Acacia, hija mía!
Acacia ¿Es usted, padre?
Baldom. Yo soy, lucero de mi alma, encanto de mi vida, alegría de mis canas.
Acacia Padre, ¿qué he tenido yo?
Baldom. Muy poca vergüenza.
Acacia ¿Qué me ha dao?
Baldom. Te ha dao una hiperalgéstica.
Acacia ¿Y qué es eso?
Baldom. Diez pesetas; no te preocupes y vete al cuar-

to grande y tiéndete en la otomana número 22 del catálogo.

Acacia Voy, padre; ya se me va pasando. ¡Ay de mí!

Baldom. Apóyate en mi brazo. *(Hacen mutis por la derecha.)*

Aurelio ¡No puedo más! *(Buscándose.)* ¿Pero dónde tendré yo esos bollos? Caray, gente.

(Entra Wenceslao, jadeante, por el foro.)

Wences. ¡Baldomero! ¿Pero dónde se ha metido ese hombre? A ver. *(Se toma el pulso.)* Nada, que tengo menos pulso que un entrecot. ¡Baldomero!

Baldom. *(Saliendo por la derecha.)* ¿Quién llama? ¡Ah! ¿Eres tú?

Wences. Yo. Ven aquí. *(Le coge de una muñeca misteriosamente.)*

Baldom. ¿Qué pasa?

Wences. Mira cómo respiro.

Baldom. ¿Estás satisfecho?

Wences. Sí, sí; siéntate, que vas a oir una cosa horrible.

Baldom. Mira, no me cuentes dramas, que estoy que se me ahoga con un fideo fino.

Wences. Pues no tengo más remedio. Escucha. Salgo de aquí, llego a la policlínica de San Isidro y me cuelo en la sala de operaciones en busca de un médico y, pásmate, veo sobre una cama de aluminio y cristal a un gachó dando gritos y diciendo: sacarme la astilla de la cabeza o mato a un practicante.

Baldom. Gachó, qué horroroso.

Wences. Figúrate. ¿Y sabes quién era el astillado?

Baldom. No sé.

Wences. Lorenzo el de la ronda.

Baldom. ¡Caramba! ¿El que intervino en la venta del Quijote?

Wences. El mismo. El que vendió al alemán en cuatro mil pesetas aquel Quijote que le hicimos creer a Lorenzo que era la primera edición, y ha ido el alemán a ver a un perito y le ha dicho que la primera edición del Quijote era más estrecha que esa que le hemos vendido.

Baldom. ¿Qué me dices?

Wences. Lo que oyes.

Baldom. ¿De modo que este Quijote es ancho?

Wences. ¿Sancho panza?

Baldom. ¿Qué panza? Que és ancho.

Wences. Oye, que me estás haciendo un lío.

Baldom. Que es ancho, que es grande.

Wences. Eso es. Y enterarse el de Berlín de la engañifa y salir en busca de Lorenzo y encontrarle, y pa qué te voy a contar, que le metió un cedro que llevaba, por semejante sitio.

Baldom. ¡Mi madre!, ¿cuándo ha sido eso?

Wences. Pues hace una hora. Yo me achanté detrás de una vitrina para que no me viera el herido y al cabo de un rato le oigo decir: curarme pronto, que tengo prisa por ir al Rastro a contarle una chirigota a un tal Baldomero. Y ese viene, y ese te encuentra.

Baldom. *(Quitándose la americana.)* Ca, ese no me encuentra a mí.

Wences. No le conoces.

Baldom. El que no me conoce eres tú.

Wences. ¿Qué haces?

Baldom. *(Despoja al maniquí del traje de chino y de la careta y se los pone.)* No me conoces. No me conoces.

Wences. Oye, qué creo que viene.

Baldom. ¿Sí? Pues fíjate. *(Se coloca al lado de Aurelio.)*

Wences. Yo me evaporizo. *(Mutis por el foro.)*

(Sale Visita, llorando, por el foro.)

Visita ¡Ay, Dios mío!

Baldom. Visita, aquí de visita.

Aurelio ¡Mi madre!

Visita ¡Ay, Santa Rita bendita, abogada de los imposibles! Que no se hayan fugao entoavía, que yo haya llegao a tiempo, porque si no, me echo esta noche diez pastillas de sublimao en el estofao, y a las diez que he terminao de cenar he terminao. *(Llamando.)* Señor Baldomero.

Baldom. *(Sin moverse.)* Yo no me presento a esta tía, porque la doy un susto que la privo.

Visita Señor Baldomero. ¡Ay, Dios mío, que no se hayan fugao, señor Baldomero!

Acacia *(Saliendo por la derecha.)* ¿Quién llama?

Visita Acacia, hija mía, ¿no te has fugao, verdad?

Acacia ¡Yo!

Visita No sueño, ¿verdad?

Acacia Pero qué va usted a soñar, señá Visita.

Visita ¿Y Aurelio? ¿Y mi Aurelio, dónde está?

Acacia Pues Aurelio...

Visita Dime dónde está Aurelio, por tu padre.

Acacia ¿Pero qué le pasa a usted?

Visita Lee esa carta que me he encontrao en el comedor, encima de un galletero.

Acacia *(Tomando la carta y leyendo.)* Madre del alma.

Visita *(Llorando.)* ¡Ay, Dios mío, Dios mío, Dios mío! Sigue.

Acacia *(Leyendo.)* «Madre del alma: al amor de mi Acacia te opones y se opone el bestia de su padre. *(Baldomero se atusa la guía derecha del bigote.)* Pues es inútil que os opongáis, tanto tú, madre del alma, como la caballería del señor Baldomero. *(Baldomero se atusa la guía izquierda del bigote.)* Voy en busca de Acacia, y mañana estaremos en el Cairo.» *(Sin leer.)* Que se ha empeñao que nos vayamos al Cairo. *(Leyendo.)* «Recibe el corazón de tu hijo, que te adora, Aurelio.» *(Besa la carta.)* ¡Cuánto me quiere!

Visita *(Arrebatándole la carta y besándola.)* Cuánto me quiere. *(A Acacia.)* Bueno, donde está, tú debes saberlo, tú debes estar citada con él.

Acacia Sí, señora; yo sé dónde está su hijo.

Visita ¿Dónde?

Acacia No puedo decírselo hasta que usted no desista de oponerse. Si usted me dice puedes casarte con él, yo le autorizo, entonces le diré yo: Aurelio está allí.

Visita ¿Dónde?

Acacia Allí donde esté.

Visita Antes de nada soy madre, y antes de perderle para siempre que se case contigo.

Acacia *(Abrazándola.)* Gracias, señá Visita, gracias. Usted es mi madre. Es decir, usted será mi madre.

Visita Bueno, hija mía, ¿dónde está mi hijo? ¿Está dentro?

Acacia Sí, está dentro.

Visita *(Avanzando hacia dentro.)* ¡Hijo mío!

Acacia No entre usted, que está fuera.

Visita ¿Pero no has dicho que está dentro?

Acacia Está dentro, pero está fuera. Voy en busca de mi padre. *(Mutis por la derecha.)*

Visita Esta familia está un poco perturbada. Aquí nadie tiene bien la cabeza.

(Sale LORENZO por el foro, con la cabeza vendada y casi cubierta de algodones. Trae

un palo de los que sirven para bajar los cierres metálicos.)

Lorenzo ¿Hay permiso?

Visita ¡Ay!... *(Suspirando, sin verle.)*

Lorenzo ¿Que si hay permiso?

Visita ¡Ay!... ¡Ay!... *(A Lorenzo.)* Hay, sí, señor.

Lorenzo Usted disimule, pero es que no oigo bien a causa de estos cuarenta y tres kilogramos de algodón que me han puesto en la policlí.

Visita Parece usted un peregrino.

Lorenzo Ya, ya, pero hay que ver cómo tengo la calabaza. Con su permiso, voy a sentarme.

Visita Es usted muy dueño.

Lorenzo ¿Eh?

Visita Muy dueño.

Lorenzo ¿Qué si vengo a buscar al dueño? Claro, y ¿ve usted esta pértiga?

Visita Sí, señor.

Lorenzo Pues toda se la voy a pasar de parte a parte.

Visita ¡Qué animal!

Lorenzo ¿Qué está mal?

Visita *(Gritando.)* Que qué animal.

Lorenzo ¡Ah, sí! Ahora lo he entendido. Me importa poco que me juzgue usted una caballería; yo vengo aquí a tachar del padrón a este tío sinvergüenza, y lo demás son chuletas de huerta. *(Saca un cigarro.)* ¿Le molesta a usted el humo?

Visita Bastante.

Lorenzo Pues le pasa a usted lo mismo que a mí mujer, que cada vez que fumo tose que se desriñona; pero qué vamos a hacerle. *(Enciende el cigarro.)*

Aurelio *(Da con la mano en el hombro a Baldomero. Este vuelve la cabeza y Aurelio le hace señas. Baldomero se desploma sobre la armadura.)*

Lorenzo Bueno, pues como tengo que esperar, le voy a usted a poner someramente al tanto de la faena que se me ha hecho. Un servidor corre todo lo que se le ponga por delante: corro objetos de bisutería, carbonería, papelería y zapatería; en fin, señora, corro hasta pianos, que usted no sabe lo pesao que es. Pues este granuja hace unos días me dió un Quijote antiguo para corrérselo, y me dijo: esta es la primera edición del Caballero de la

Triste Figura; en menos de cuatro mil pesetas no le entregues. Yo agarro el jinete de Rocinante, busco al intérprete del Cervantes Palas, muy a propósito para mi combina, y nos vamos a ver a un alemán. El alemán se cree lo del Quijote, le pido las cuatro mil, y acto seguido me coge el libro y me da la pasta. El negocio nos había salido ovalao. A mí se me dan doscientas pesetas, y corro con ellas. Lo que haya pasao después con el alemán, allá él. Lo que yo sé es que esta tarde iba yo por la Avenida del Conde de Peñalver, y me topo con el germano, me inclino reverentemente, y va el gachó y me da veintidós estacazos, que yo creí al primero que se me había caído encima la cornisa del edificio próximo, y por si era poco me mete el bastón por este parietal, que me ha dicho el médico de la policlí, no sé cómo no se ha quedao usted en el sitio; cualquiera se quedaba en el sitio con los estacazos que arreaba el teutón. En resumen: que el Quijote es de este año, que el alemán se ha enterao, y que yo estoy herido en mi amor propio y en la cabeza, y que para ponerme bien necesito más curas que la Catedral de Burgos.

Visita ¡Pobre hombre!

Lorenzo Ahora que, fíjese usted en esta cucaña, se la ha ganao el señor Baldomero.

(Aurelio vuelve a dar con la mano en el hombro a Baldomero. Este le vuelve a mirar y se desmaya nuevamente sobre la armadura.)

Visita Tiene usted razón. El señor Baldomero se merece eso y mucho más. Por granuja, ahora me las paga.

Aurelio *(A Baldomero.)* Don Baldomero.

Baldom. *(Con voz moribunda.)* ¿Quién?

Aurelio Soy yo.

Baldom. ¿Quién eres tú? ¿Eres uno de los Austrias?

Aurelio Aurelio.

Baldom. ¡Ah, el novio de mi hija, so la!...

Aurelio ¿Cómo sola?

Baldom. So ladrón; ¿qué quieres?

Aurelio Si me da usted la mano de Acacia, le salvo.

Baldom. Prefiero morir.

Aurelio Pues voy a decir al lesionado quién es el hijo del Sol Naciente.

Baldom. De ninguna manera.

Aurelio ¿Me da usted la mano?

Baldom. *(Dándole la mano.)* Toma.

Aurelio Digo la de Acacia.

Baldom. Te doy su mano, pero no la doto.

Aurelio No me importa; ya vendrá el dote por sus pasos contados. Ahora no insisto; cuando tenga la mano machacaré.

Visita ¿Pero va usted a esperar al señor Baldomero?

Lorenzo Hasta que venga. Así pase un año.

Visita Bueno, mi hijo se queda sin suegro. Siempre es una ventaja. Pero ¿y esa chica? ¿Dónde se habrá metido esa chica? *(Se levanta.)* ¡Acacia! ¡Acacia! *(Mutis por la derecha.)*

(Por el foro míster GIBBOÑS.)

Gibbons Buonos días.

Lorenzo (¡Caramba! ¡Un caballero!) Muy buenos. *(Se levanta.)*

Gibbons *(Viendo la armadura.)* ¡Oh! ¡Allí veo la ormadura de don Godofredo. *(A Lorenzo.)* ¿Ser osté dueño de esta carraca?

Lorenzo ¿Qué carraca?

Gibbons *(Indicando el puesto.)* Carraca... Borraca.

Lorenzo ¡Ah, sí! Barraca. Sí, señor. (Este viene por algo. Yo me aprovecho.)

Gibbons Mi venir por ormadura histérica...

Lorenzo Histórica.

Gibbons Histórica, yes. Y dar por ella mil pesetas, según convenimiento con míster Wenceslao.

Lorenzo *(Tambaleándose.)* ¡Mil pesetas! ¿Dónde está la armadura? ¿Es aquélla? *(Señalándola.)*

Gibbons Yes.

Lorenzo Venga la pastizara. Es de usted la hojalatería.

Baldom. (¡Ah, ladrón!)

Gibbons *(Entregándole el dinero.)* Osté darme un recibo.

Lorenzo Escapao. *(Se guarda el billete, saca un papel, tira de lápiz y se sienta ante la mesita de la izquierda, de espaldas al grupo de Baldomero y Aurelio. Míster Gibbons se coloca tras Lorenzo observando lo que escribe.)*

Baldom. ¡Aurelio! Si sales de aquí con todo sigilo, te casas con Acacia la semana que viene.

Aurelio Comprendido. Me voy a esconder, que no me encuentra ni Serlock Holmes. *(Hace mutis por la derecha, con la cautela natural.)*

Lorenzo ¡Ajajá! Aquí tiene usted. *(Entrega el recibo*

a Gibbons.) Se lleva usted una ganga. Por mil pesetas esa armadura es un obsequio. Véala y examínela, que aquí no se engaña a nadie.

Gibbons Bien. *(Avanza hacia la derecha y se detiene al no ver la armadura.)* ¡Repuddings! ¿Dónde estar la ormodura?

Lorenzo ¿Eh? *(Advirtiendo que no está la armadura.)* ¡Recastaña! Eso digo yo. ¿Dónde está la armadura? *(Buscándola.)* ¡Mi madre! ¡Pero si estaba al lao de este chino!

Gibbons *(Saca una pistola y coge a Lorenzo de una solapa.)* ¡Mi ormodura!

Lorenzo ¡Caballero! ¡Que yo le juro a usted!...

Gibbons ¡¡Mi ormodura!! *(Zarandeándole.)*

Lorenzo ¡Que yo le juro a usted que no me explico!...

Gibbons ¡Osté ser un Rafíles del Rastro! ¡Osté venir a la Prefectura! *(Tirando de él.)*

Lorenzo ¡Caballero, por Dios!

Gibbons *(Empujándole.)* ¡A la Prefectura!... ¡Bandoliero! ¡Canalla! ¡Estofador!...

Lorenzo ¡Caballero!

Gibbons ¡A la Prefectura! *(Mutis de ambos por el foro.)*

Baldom. *(Abandonando su rigidez y el sitio.)* ¡Me la quería dar como a un compatriota! ¡¡Lo he chinchao!! *(Va al foro.)*

Visita *(Dentro, gritando.)* ¡Ay! ¡Socorro! ¡La armadura, que anda! *(Sale por la derecha y se dirige corriendo al foro.)* ¡La armadura, que anda!...

Baldom. *(Volviéndose.)* ¿Eh?

Visita ¡Ah! ¡El chino! ¡¡El chino vivo!!

(Cae desmayada en los brazos de Baldomero.)
Telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Tienda de compraventa. Puerta al foro, que da a la calle. Mostrador a la izquierda, y detrás de éste, en primer término, otra puerta, que se supone comunica con la vivienda del establecimiento. Estanterías, sillas, etc. En el lateral izquierda, un espejo. A la derecha, puerta con mampara.

(En escena, CLARO, ante el mostrador y leyendo un periódico.)

Claro ... «Practicada la autopsia, los médicos forenses han apreciado en el cadáver de Angel Rubio cuatro heridas cortantes en el cuello que le interesaban la glotis, dos perforantes en la región glútea que le interesaban el paquete intestinal, una contusión en el abdomen que le interesaba el hígado y una lesión en el pulmón izquierdo que le interesaba... *(Vuelve la hoja.)* que le interesaba curarse, según manifestó en vida al ingresar en el Sanatorio.» *(Dejando de leer.)* Bueno, este asesinato le pone los pelos de punta a un manguito.

Parron. *(Entra por el foro, excitadísimo, dejando abierta la puerta, en la que se detiene un momento mirando con unos gemelos hacia la calle; llega, siempre descompuesto y nervioso, al centro de la escena, vuelve de repente a la puerta, mirando otra vez, torna a entrar, se guarda los gemelos, saca una navaja enorme, la abre y se dirige a Claro. Este, que ha estado observándole con gran asombro, tira el periódico y se pasa detrás del mostrador, asustado.)*

Claro ¡Caballero!...

Parron. *(Hablando con un hipo particular, como si se le atragantasen las palabras.)* Bue... buenas tardes... *(Llevándose la mano a la garganta.)* Nada... ya está... ya estoy mudo... ¡La glotis!... Es la glotis, joven, que en cuanto me excito se me contrae y no... no... articulo... Nada... que no articulo... *(Haciendo esfuerzos por hablar.)*

Claro Bueno, ¿pero usted qué desea, caballero?

Parron. ¿Cuánto me da usted por esta albaceteña? *(Dejando la navaja sobre el mostrador.)*

Claro No tomamos armas.

Parron. ¡Tómemela usted, por su madre!

Claro Repito...

Parron. ¡Por su madre! ¡Tómeme usted esta navaja!... Porque yo me conozco... ¡Malditos sean los celos! Y yo, con esta arma en el bolsillo, entro en la pollería, sorprendo a mi novia hablando con el ebanista y ris ras, dos despojos pa el depósito de cadáveres.

Claro Pero ¿usted es el novio de Jesusa la pollera?

Parron. El mismo. ¿La conoce usted?

Claro Muchísimo.

Parron. *(Cogiendo la navaja del mostrador.)* Y quizá que haya usted coqueteado con ella...

Claro *(Asustado.)* ¡No, señor! ¡Nunca!... ¡En la vida!...

Parron. Muy bien. *(Va a la puerta y mira.)* ¡Ah!... ¡Ah!... *(A Claro, sin poder casi hablar.)* ¡Haga usted el favor! *(Le lleva a la puerta y le da los gemelos.)*

Claro ¿Qué pasa?

Parron. Ese con quien está ella hablando ahora en la puerta de la pollería, ¿es el ebanista?

Claro *(Mirando con los gemelos.)* No, señor; ese pollo es Lino, el dependiente de «La Muselina».

Parron. Entonces, ¡respiro!... Porque me han dicho que el ebanista la hace el amor, y que ella le mira con buenos ojos, y que si se hablan todas las tardes; y hoy no he ido yo al trabajo, y me he traído estos gemelos pa vigilar desde el chaflán del doce, y como yo vea entrar al ebanista ese en la pollería... empeño la navaja; porque no me quiero perder. Quien quita la ocasión, quita el presidio. Conque usté dirá lo que me da por ella.

Claro Hombre, por tratarse, como se trata, de evitar un crimen, le daré a usted hasta dos reales.

Parron. *(Enseñando cuatro dedos.)* Menos de cuatro no la dejo.

Claro Dos.

Parron. *(Con los dedos.)* Cuatro.

Claro Dos.

Parron. Entonces me la llevo, porque después de todo puede que eso del ebanista sean runrunes. *(Se guarda la navaja.)* Torno a la esquina, y si le viese entrar... ¡No lo quiere Dios! Volveré a dejarle a usted la navaja en tres reales.

Claro Dos.

Parron. Tres. Tres. Menos de tres, no, porque voy a cadena perpetua. ¡Adiós, joven! *(Mutis.)*

Claro ¡Adiós, caballero!... ¡Qué tipo más original! Y la tal pollerita es una coqueta de Pereantón con cinco lunas.

(Se oyen dentro las voces de Visita y Aurelio.)

Visita ¡Quítate de mi vista! ¡Que yo no te vea!

Aurelio ¡Madre!

Visita ¡Fuera de mi casa! ¡Mal hijo! ¡Descastao!

Claro ¡Anda! Otra bronca entre la madre y el vástago. Es la décimonona de esta semana.

Aurelio *(Saliendo por la izquierda.)* Pero madre...

Visita *(Aparece muy ataviada y muy repeinada.)* Fuera de esta casa, que yo no te vea, ¿lo oyes?; que yo no te vea, que ya me tienes hasta las invisibles.

Aurelio Le he dicho a usted, madre, y se lo repetiré cien veces, que el corazón es una víscera que tiene menos reflexión que una damajuana. Usté puede exigirme que sea un esclavo suyo, que vaya a una oficina diariamente, que aprenda el alemán por correo; todo eso cabe en lo posible; pero me dice usté que mi corazón vuelva a amar a Acacia, y eso, madre, es mucho más difícil que encontrar un piso con calefacción por seis pesetas.

Visita Pues tú te casarás con Acacia o pierdo yo el nombre que me pusieron en San Luis de los Franceses.

Aurelio Pero si ella no me puede ver, madre; si ella no me puede ver.

Visita Pero ¿cómo te va a ver si no estás nunca en casa? ¡So pingo!

Aurelio Porque la huyo. Y la huyo porque desde que usté y el señor Baldomero hicieron las paces y se empezaron a mirar con buenos ojos, y comenzó a susurrarse por toda la vecindad que usté y ese sinvergüenza se hacían el amor...

Visita ¡Como llames sinvergüenza a ese espejo biselao de caballero, te araño!

Aurelio Pues desde entonces principiaron a enfriarse nuestras relaciones y a ponernos de punta, y cada día una bronca y ella a admitir bromas del chófer del señor Obispo, y yo a requebrar a la cajera del «Todo a 0,65» de la esquina, y ésta es la hora en que hemos terminao ella y yo, y no me pida usté que vuelva a hablar con Acacia, porque usté es mi madre y tengo que obedecerla, pero hay pastillas de sublimao... y no la digo más.

Visita ¡Jesús de Arimatea!... Bueno, bueno; tú piensa lo que gustes; pero hoy viene solemnemente el señor Baldomero a hablar conmigo, y me ha rogao en una carta que asistas al acto, porque su hija vendrá también con un amigo de confianza a ser parte en la ceremonia. Conque te ordeno que estés aquí.

Aurelio Estaré; pero como si no estuviera. Antes que volver con Acacia, moro de Xexauen. *(Mutis por el foro.)*

Visita Anda con Dios. Oye, Claro, ¿qué haces?

Claro Anotando las entradas de hoy, día de la fecha, y las salidas de ídem, ídem, ídem e ídem.

Visita Pero hombre; si llevas hora y media escribiendo. ¿O es que han venido a colocarnos el ajuar de Medinaceli en lotes?

Claro No, señora; es que para que el estro no se me oxide, algunas cosas las anoto en rima. Verá usted qué facilidad. *(Lee en el libro.)*

Cuatro colchonetas lila
pignora Gregoria Vila,
y le doy cuatro pesetas
por las cuatro colchonetas.

Visita Mira, déjame a mí de aleluyas y óyeme. Tú, que eres tan leído, ¿qué opinas de esto de mi hijo y Acacia?

Claro Pues yo, con su permiso, esto de Aurelio y su ex novia me parece el eterno poema de la vida. Ponga usté a doña Hero y a don Leandro, o ponga usted a don Filemón y a doña

Baucis contrariados por la oposición de sus señores padres, y fallecen de amor; pero ponga usted a los susodichos interfectos agasajados, mimados y alentados por los autores de sus días, y don Leandro repudia a doña Hero, y a doña Baucis le asquea don Filemón.

Visita ¡Ah! ¿Pero es que tú crees que porque ahora el señor Baldomero y yo nos miramos con buenos ojos, los chicos?...

Claro Exacto.

Visita Pero ¿en qué te fundas?

Claro Me fundo en mi intuición de poeta. Por algo me llamo yo Claro de Luna, señá Visita; porque esclarezco con la luz de mi numen las obscuras marañas de los espíritus humanos. Eso que le digo a usté ahora, groso modo, lo dije ya hace dos años en unos versos que leí en los Juegos Florales de Soria.

Visita Creo que te he comprendido. El fondo de eso que tú dijiste en Soria es que si el señor Baldomero y yo hubiéramos seguido tirándonos los trastos a la cabeza, los chicos se unen.

Claro Viejísimo.

Visita Entonces, ya tengo el plan. ¿Hoy qué es?

Claro Jueves.

Visita Pues el sábado se fugan los chicos; el domingo los recogemos; el lunes se toman los dichos; el martes los unce el párroco, y el miércoles... que hagan lo que quieran, que yo he cumplido con mi deber de madre.

Claro ¿Lo dice usté en serio?

Visita Lo digo en serio y lo digo en Soria, como tú. Dentro de diez minutos ha quedao en venir el señor Baldomero pa pedirme mi mano con toda etiqueta. Tú calcula. Es la ocasión. ¿Qué hora es?

Claro *(Se mira la muñeca izquierda.)* Pues el señor Baldomero no debe tardar.

Visita Pero ¿qué hora es?

Claro *(Vuelve a mirarse la muñeca.)* El dijo que estaría aquí a las tres y media.

Visita Pero ¿me quieres decir la hora que es?

Claro Si no lo sé, señá Visita.

Visita Entonces ¿por qué te miras la muñeca?

Claro Porque me raspa el gemelo y estoy erosionao.

Visita Yo creo que ese hombre no debe tardar. ¡Ay! Estoy en brasas.

Claro ¡Y que se ha puesto usté hecha un brazo del Mediterráneo! *(Por la indumentaria de Visita.)*

Visita No hay más remedio. ¡Y todavía me faltan detalles! Este día es para mí de una solemnidad mayor que un Te Deum en Los Jerónimos. Házme un favor: asómate a la puerta a ver si distingues a don Baldomero.

Claro Con mil amores. *(Va a la puerta del foro.)*

Visita ¡Caramba! Estoy más nerviosa que un filete de a real.

Claro *(En la puerta.)* Calle usted.

Visita ¿Qué pasa?

Claro Me parece que acaba de meterse en la confitería de la esquina.

Visita ¿Dónde? ¿En las Cinco Yemas?

Claro Sí, señora.

Visita ¡Dios mío! ¡Es él! ¡Viene a pedirme en regla! Seguramente ha entrado en la confitería a comprarme una caja de Talavera con bombones. ¡Pobrecillo! Bueno, esa me la tira a mí a la cabeza dentro de breves minutos. ¡No hay más remedio! También es verdad que la bofetada que yo voy arrearle va a ser una señora bofetada... No pierdas de vista las cinco yemas.

Claro No, señora.

Visita Me ausento. No quiero que crea que le estoy esperando. *(Mutis izquierda.)*

Claro Si es el que ha entrado, viene como para que le tiren chinas los chicos. *(Se separa de la puerta.)*

(Entran por el foro Acacia y Wenceslao.)

Wences. *(Entrando.)* Haz el favor de pasar, tú.

Acacia Sí, señor; sí paso; ¡pues no he de pasar! *(Entra.)* Lo ve usté: ya he pasao.

Wences. *(A Claro.)* Se te saluda, Villaespesa.

Claro Se le corresponde, señor Wenceslao. Hola, Acacita.

Acacia *(Secamente.)* Hola.

Claro (¡Caray! ¡Qué seca está esta Acacia!)

Wences. ¿Está la señora Visita?

Claro Por ahí anda trajinando.

Wences. Pues yo ya he cumplido mi encargo. Esta mañana me fué a buscar el padre de ésta y me dijo: Oye, Wenceslao: esta tarde, a las

cuatro, agarras a mi hija y me la llevas a casa de la señá Visita, y la tiés allí hasta que yo vaya, que no tardaré.

Acacia Bueno, pero que yo me entere. ¿A qué me trae mi padre a esta casa, que yo abomino con toda mi alma, si que tiren pa arriba, si que tiren pa abajo, va à ser lo mismo? Si yo ya no quiero a Aurelio ni aunque me lo diesen envuelto en acciones de la Azucarera, y yo a él le debo hacer el mismo efecto que si tomase agua de Loeches con una pajita.

Wences. Todo eso es cariño.

Acacia ¿Cari, qué?

Wences. Ya lo he silabeao. ¿No es verdad, Claro?

Claro No sé qué responderle a usted, señor Wences. El amor humano es una nebulosa.

Wences. Eso lo puedes mandar a «La Novela Corta».

Acacia A la corta o a la larga, es la verdad.

Wences. Bueno, ¿dónde esperamos al señor Baldo?

Claro Pueden ustedes pasar aquí, a esta dependencia. *(Indica la derecha.)*

Wences. Pues andandito. Pasa, tú

Acacia Sí, señor, que paso; ¡pues no he de pasar! Lo ve usté. *(Dentro.)* Ya he pasao.

(Mutis por la derecha de Acacia y Wenceslao.)

Claro Si me toca a mí una señora como la niña adjunta, vamos, la cambio por una gilete.

(Aparece en el foro Baldomero. Viste un chaquet del tiempo de Espronceda; un sombrero de copa de la misma época romántica, pantalones a cuadros y botines. Trae en una mano un par de guantes y en la otra un gran ramo de camelias de trapo.)

Baldom. *(Entrando.)* ¿Dan audiencia?

Claro Adelante. *(Baldomero entra gravemente.)* ¡Regabardina, que elegantísimo viene usté, señor Baldomero!

Baldom. Como el acto lo requiere. ¿Tú has visto a nadie que vaya a pedir la mano de una dama con zamarra y gorra japonesa?

Claro No, señor.

Baldom. Pues yo he echao mano al cofre de ropas de soiré isabelinas, número 56 del catálogo, y no he reparao en menudencias.

Claro Y ese ramo es precioso.

Baldom. Son flores artificiales. Este ramo, donde tú lo ves, cuando lo adquirí me dijeron que ha

estao adornando mucho tiempo la mesa de noche de la Pompadeúr.

Claro Entonces tiene un mérito enorme. Pues anda, que la caja de bombones debe ser cosa linda.

Baldom. ¿Qué caja?

Claro La que ha comprado usté en la confitería.

Baldom. Vamos. Tú estás para que te aten con cables. Yo he entrao en la confitería a preguntar la hora que era, para ver si podía venir ya o darme una vueltecita. *(Sacando un reloj muy grande.)* Porque este relojito que traigo debe estar parao desde el año del cólera.

Claro No; es que yo creí...

Baldom. Pues hazte excéptico y avisa a la señora, anda.

Claro Con un gusto exquisito. *(Mutis izquierda.)*

Baldom. *(Mirándose a un espejo.)* Yo creo que pa pedir una mano vengo decentito. Como es la primera vez que la pido yo, porque la de mi mujer, que en paz descanse, la pidió un tío mío por carta, y toda la elegancia consistió en que el papel llevaba un membrete azul que decía: «Dársela, que se la merece».

(Sale Claro.)

Claro Doña Visita me ha dicho que ahora sale.

Baldom. Me choca que me haga esperar; pero en fin...

(Salen Wenceslao y Acacia por la derecha.)

Wences. Pasa. ¡Hola, Baldomero!

Baldom. ¡Ah! ¿Estabas ahí?

Wences. Cumpliendo tu encargo, fuí a buscar a tu chica, y aquí la tienes.

Baldom. ¡Muchas gracias!

Wences. Pero oye, ¿te has retratao pa el «Nuevo Mundo»?

Baldom. Cómo se conoce que no has saludao la Urbanidad ni las crónicas de Montecristo.

Wences. Puede que tengas razón; en fin, si no mandas nada, hasta luego.

Baldom. Nada, hombre; que muy agradecido, y abur.

Wences. Pues hasta luego. *(A Acacia y a Claro.)* Hasta lueguito, jóvenes. *(Mutis por el foro.)*

Baldom. Oye, Acacia.

Acacia ¿Qué quiere usted?

Baldom. ¿Tú sabes para qué se ha vestido así tu padre?

Acacia Pa ir en una procesión.

Baldom. Pa pedir la mano de la que va a ser tu segunda madre.

Acacia ¡Ja, ja! ¡Qué risa! ¡Es usted más festivo que Charlot!

Baldom. No te cruzo la cara porque estoy de etiqueta; pero en cuanto esté en mangas de camisa, te lisio.

Acacia ¡Pero padre!...

Baldom. *(A Acacia.)* Conque ya lo has oído. Hoy, a las... *(Mira en su derredor a las paredes. A Claro.)* Tú, llégate a la confitería y pregunta la hora que es

Claro En un vuelo. *(Mutis foro.)*

Baldom. Pues hoy, a la hora que sea, la madre de Aurelio y un servidor, prometidos pa un enlace, y hoy mismo, minuto más, minuto menos, tú y Aurelio tenéis que quedar concertaos pa otro.

Acacia Muerta, sí; pero viva, no.

Baldom. Tú te casas con Aurelio, por la memoria de mi abuelo el canónigo, que la tenía enorme. *(Entra Aurelio por el foro y escucha esto último.)*

Aurelio *(Entrando.)* ¡Está usté errao!

Baldom ¿Que yo estoy herrao? ¿Yo? ¡Yo pa estar herrao necesitaba tener cuatro patas, y no tengo más que dos! ¿Se entera usté? Y aquí están las dos susodichas, y no las quite usté ojo, por si acaso. Fíjese usté bien. Las dos.

Claro *(Entrando por el foro.)* Las cuatro.

Baldom. ¿Qué dice ese animal?

Claro Que son las cuatro. ¿No me dijo usted que mirara la hora en la confitería?

Baldom. Anda, vete al mostrador, so abutarda.

Aurelio Pues digo y repito que está usté errao sin hache, porque su hija y un servidor no han nacido pa unirse, y por lo que a mí respecta, antes me caso con doña Berenguela la de granito.

Acacia Usté es un iluso, joven; pero ¿cómo se iba usted a casar conmigo, si para eso hacía falta que una servidora estuviese gustosa, y a mí sólo de proponérmelo me da la encefalitis letárgica?

Aurelio ¡Pero yo qué la voy a proponer a usted, so cursi!

Baldom. Oye, oye; ¿pero es que mi figura no infunde respeto?

Aurelio Usted infunde más respeto que un tricornio, pero tiene usted una hija que es más divertida que un espejo cóncavo pa verse uno enano.

Baldom. ¿Sí, eh? ¡A ver si te atizo con el rascacielos! *(Amenazándole con la chistera.)* ¡Esto se ha terminado! ¡Hala! *(A Acacia.)* Tú, a sentarte allí. *(La indica una silla que hay a la derecha. A Aurelio.)* Y tú, en aquella otra. *(Le indica otra silla que hay a la izquierda. Acacia y Aurelio obedecen.)* ¡Y al que rechiste le doy una fricción pa el cabello! ¡Pues no faltaba más! *(Se encasqueta el sombrero de un golpe.)* ¡Así! *(Sentándose en otra silla que coloca en medio de la escena.)* Y ahora, a esperar acontecimientos. *(Pausa.)*

Claro *(Contemplándolos.)* Si copia este cuadrito Moreno Carbonero, se inmortaliza.

(VISITA sale por la izquierda, con una peineta goyesca en el moño y otros detalles coquetones.)

Visita Muy buenas tardes.

Baldom. *(Levantándose y quitándose el sombrero con gran prosopopeya.)* ¡Guárdeos el cielo!

Visita Millones de gracias.

Baldom. Que son las que usted vierte a volquetes.

Visita Usted me confunde.

Baldom. A usted no se la puede confundir más que con la Maja de Goya, de la que he vendido algunas reproducciones.

Visita (¡Y viene precioso!) Tome usted asiento

Baldom. ¡Gracias! Delante de usted no se puede sentar ni una faztura.

Visita *(Sentándose.)* Pues usted dirá.

Baldom. Doña Visita; antes que nada la ofrendo este «buque» de camelias, que hace el número 622 de mi catálogo.

Visita *(Tomándolo.)* Es precioso. *(Lo huele.)*

Baldom. No aspire, que son de percalina.

Visita Pues dan el pego.

Baldom. Son una obra de arte, créame usté; claro que yo la he podido traer una manteleta de lentejuelas, que tié más vista y vale tres veces más; pero las flores están indicás pa estos actos, y sobre todo, las camelias son simbólicas. ¿Usted sabe lo que significan en «El vocabulario de Cupido con los 833 dichos de Napoleón I»?

Visita No, señor.

Baldom. Pues dicen: Página 114: «Camelias: Pureza de alma. Recibirlas del ser amado, es vivir toda la vida en la prosperidad.»

Visita ¿En algún hotelito?

Baldom. *(Molestándose un poco.)* Le ruego a usted, señá Visita, que no se canee de Napoleón I. A la prosperidad que alude el Emperador, es a la dicha creciente en la unión amorosa de dos seres, que se llama matrimonio.

Visita ¡Ah, ya! ¡Qué lástima!

Baldom. ¿Lástima de qué?

Visita *(Grosera.)* Que ¡qué lástima! A ver si es que no puede una decir que ¡qué lástima!, estando una en su casa.

Baldom. *(Molestándose más, pero conteniéndose.)* Señora Visita: usté puede decir ¡qué lástima!, ¡qué pena! y ¡qué garambainas!, porque, como usté dice muy bien, está usté en su hogar.

Visita Pues claro. (Me va a costar trabajo mosquear a este hombre, pero no hay más remedio.)

Baldom. De modo, señá Visita, que después de ofrendarle el ramo simbólico, me va usté a permitir que me introduzca en el asunto que aquí me trae, asunto que me «urgüe» bastante.

Visita «Urgüe» es con jota, señor Baldomero. Parece mentira que no sepa usted hablar.

Baldom. *(Tragando saliva.)* Tantísimas gracias por la lección gramatical, que recibo con lágrimas de gratitud. De manera que vuelvo a repetir correztamente que me «urjue» bastante.

Visita Pues vaya usted al grano, que a mí también me «urjue». *(Recalcándolo.)*

Baldom. Iré derecho al grano, como si fuera un pollito.

Visita Sí, sí, ¡un pollito! Y usted no cumple los sesenta.

Baldom. *(Haciendo un esfuerzo grande para contenerse.)* Pues yo, contando con todas las amabilidades que ha tenido usted conmigo desde hace un mes a esta parte, que todavía me acuerdo del día que saqué del bolsillo una ciruela y se la ofrecí, y usted me preguntó: ¿Es claudia? Y yo le contesté: «No, señora». Y usted añadió: «Porque si fuera claudia, tendría celos.»

Visita ¡Dice una tanta idiotez en esta vida!

Baldom. (Pero ¿qué le pasa a esta señora?) Pues yo,

contando con todas esas amabilidades, aunque usté las califique a su libre «albédrio»...

Visita ¡Arrea, que vas por hilo!

Baldom. Pero ¿a qué viene esa exclamación de pantalonera?

Visita Yo no tengo que dar explicaciones de na a nadie. ¿Se entera usté?

Baldom. *(Elevando los ojos al cielo.)* (¡Santo Job, envíame una poca!) Pues, como decía... ¿en dónde estaba?... Señora, ¿en dónde estaba?

Visita ¡Yo qué sé! Haberse traído un memorándum.

Baldom. Mi respetable amiga: noto que está usted más cambiá que una perra gorda.

Visita *(Levantándose.)* Yo lo que estoy es deseando que termine usted de decir tanta bestialidad y ahueque, porque tengo muchas ocupaciones.

Baldom. *(Estallando y poniéndose el sombrero de golpe.)* ¿Y pa estos ex abruptos he traído yo a esta casa las camelias y a mi chica, ahí presente, para reconciliarla con su hijo?...

Aurelio *(Levantándose.)* ¡Antes fusilao por la espalda!

Acacia *(Levantándose.)* ¡Antes esclava de un marroquí!

Aurelio *(A Acacia.)* ¡Usté lo que está es despechada!

Acacia ¡Y usté más!

Baldom. ¡Silencio!

Visita ¡Ya hemos callao!

Baldom. ¡A sentarse!

Visita ¡Pues no faltaba más!

Baldom. ¡Pues hombre!

Visita Esto le sucede a una por tratarse con gente de poco más o menos. *(Tirando el ramo.)* Ya se está usté llevando esa porquería.

Baldom. Usté lo que está es más borracha que un bizcocho guadalajareño.

Visita ¿Yo borracha? Usté no tiene educación ni vergüenza.

Aurelio ¡Madre!

Acacia ¡Padre!

Baldom. Y usté, por lo visto, lo que no tiene es amoníaco.

Visita Yo soy una señora muy dizna, y pa que usté vea que se me sonroja la cara, ¡ahí va! *(Le da una bofetada.)*

Aurelio *(Interponiéndose.)* ¡Madre mía!

Acacia *(Idem.)* ¡Padre mío!

Claro ¡Señora Visita! *(Sujetándola.)*

Visita *(Soltándose.)* ¡Dejarme! ¡Dejarme, que ya me voy! ¡No quiero ni verlo! ¡Ni verlo! *(Medio mutis.)*

Claro *(Al oído de doña Visita.)* ¡Bravo!

Visita ¡Muchas gracias! *(Mutis izquierda.)*

Baldom. *(Con la mano en el carrillo agredido.)* (Al que se le debe haber sonrojao la cara es a mí.) ¡Está bien!... *(Dirigiéndose a Aurelio.)* Señor mío: tu madre me ha puesto la mano donde no la había puesto nadie más que el barbero. *(Rugiendo y avanzando.)* ¡Me ha dado una bofetada!

Acacia *(Interponiéndose.)* ¡Padre!

Baldom. Una bofetada padre. Eso es. Y esto, ¡ya no lo tolero! ¡Ya se me están hinchando las narices! *(Se las toca.)* ¡Sí, sí! ¡Ya se me están hinchando las narices!... Me marcho, pero vuelvo. *(Haciendo mutis de un modo amenazador y truculento.)* ¡Vuelvo!... *(Medio mutis.)* ¡¡¡Vuelvo!!! *(Mutis foro.)*

(Aquí habrá una pausa, en la que todas las palabras huelgan, siguiendo la moda sindicalista. Dejamos, pues, al talento de los actores el expresar durante esta pausa con miradas y gestos, la transición de su odio africano, en amor del mismo continente. Esta escena que sigue deberá decirse con gran afectación dramática, como si se estuviese representando un melodramón.)

Aurelio *(A Acacia.)* Ya lo has visto, Acacia. Mi madre ha pegado a tu padre. Entre tú y yo hay un abismo.

Acacia Ya lo he visto, Aurelio. Entre tú y yo, como dices muy bien, hay un abismo... ¡Nos separa un muro que nadie puede traspasar!... ¡Nadie!

(Pausa.)

Aurelio (¡Y el caso es que hoy la encuentro más bonita que nunca!)

Acacia (¡Hoy tiene el guapo subido!)

Aurelio ¡Todo ha terminao!

Acacia ¡Todo se acabó!

Aurelio ¡Es enorme! ¡Enorme!

Acacia ¡Es horrible! ¡Horrible!

(Pausa.)

Aurelio *(Estallando.)* Pero ¿es que yo me tengo que sacrificar y morirme de pena porque mi madre sea impulsiva?

Acacia Tienes razón. Porque tu madre se haya ido del seguro, me tengo yo que privar de verte para siempre... ¡Para siempre!... ¡Dios mío! *(Dejándose caer sobre una silla.)*

Aurelio ¡Acacia! ¡Acacia!

Claro (¡Esto va como la seda!)

Acacia ¿Qué?

Aurelio ¡Sol mío! ¡Vida de mi vida! ¡Alma de mi alma! *(Abrazándola.)*

Acacia *(Rechazándole.)* ¡No te acerques a mí, que hay un abismo!

Aurelio *(Exaltándose.)* ¿Y qué? ¿Que hay un abismo? Se coge un aeroplano y se traspasa. ¿Que hay un mar? Se coge una canoa y se navega. Pero ¿privarme de tu amor? ¡Nadie!... *(Dando gritos.)* ¡Nadie!

Acacia ¡Aurelio!

Aurelio *(Medio loco.)* ¿Quién? ¿Quién osará?... ¿Quién? *(Avanzando hacia Claro, que, asustado, hace mutis por la izquierda.)* ¿Quién?

Visita *(Por la izquierda.)* ¿Quién grita de ese modo? *(Claro sale detrás.)*

Aurelio *(Descompuesto.)* Yo, madre, yo. ¡Yo, que adoro a Acacia con toda mi alma, y ni usted, ni su padre, ni el Padre Eterno, podrán impedir que me una a esta criatura, que es mi vida, mi felicidad y mi todo! ¿Lo oye usted?

Visita Pero ¿te has vuelto loco?

Aurelio *(En crescendo.)* ¡Loco, sí! ¡Por ella! *(Abrazando a Acacia con arrebato.)* ¡Acacia! ¿Me quieres?

Acacia ¡Sí!

Aurelio ¿Lo oyen ustedes? ¿Verdad que nos amamos con frenesí?

Acacia ¡Sí!

Aurelio ¡Mía! ¿Lo veis?... ¡Es mía! ¡Mía!... *(La estruja entre sus brazos.)* ¡Ven! ¡A depositarte a casa del párroco! ¡Eres mía! ¡Mía!

Acacia ¡Aurelio! *(Mutis de Acacia y Aurelio por el foro.)*

Visita *(A Claro.)* ¡Ya lo ves! ¡¡He triunfado!!

Claro Dentro de tres días se toman los dichos en la calle de la Pasa.

Visita Y a todo esto, ¿qué ha sido del señor Baldomero?

Claro Se marchó de aquí hecho un basilisco. Bueno, es que le dió usted una bofetada, que se

la dan al general Concha en la Castellana, y lo apean.

Visita Pero ¿qué querías que hiciese, si veía a los chicos cada vez más distanciaos? Apelé al latiguillo.

Claro Pues tiene usted unos latiguillos, que levantan ronchas.

Visita Oye, ¿y si vuelve ese hombre en son amenazador, qué hacemos? Piensa tú, que eres algo Calderón de la Barca.

Claro Pues... (*Pensando.*) Espere usted... Puesto que soy Calderón, hagamos un punto de espera. (*Medita.*)

Visita Mira que he depositado en ti toda mi confianza.

Claro Descuide usted. Me bulle. Me bulle. (*Pensando.*)

Visita Pues ahí te quedas, por si viene. (*Mutis.*)

Claro Sí, ya está. Eso es. Esto no falla.

(*Entra por el foro Baldomero. Trae la cara vendada con un pañuelo tan grande, que apenas se le ven las narices. En un bolsillo de la levita le asoma una botella.*)

Baldom. ¡Buenas tardes!

Claro Felices. (¡Caray! ¡Viene vendado!)

Baldom. ¿Está el sinvergüenza del hijo de esa alcoholizada, dueña de esta ladronera?

Claro No, señor. ¿Pero qué le pasa a usted, señor Baldomero?

Baldom. Pues me pasa, que he ido a la farmacia del Licenciado Heredero de la Viuda de Hipecacuana; me han visto el carrillo, y a fuerza de fomentos calientes de sublimao, no me ves con la cara del tamaño de la pista del Price.

Claro ¡Caramba!

Baldom. Conque el hijo, ¿dónde está el hijo? Porque yo a la madre no la toco, pero al hijo le hago somatose, por mi salud.

Claro Mire usted, señor Baldomero... (*Misteriosamente y mirando a todos lados.*) Si quiere usted hacer caso a un amigo, retírese. Retírese, porque su vida peligra.

Baldom. ¿Mi vida? ¿Tú estás loco?

Claro Su vida, sí, señor Baldomero, su vida. La madre de Aurelio, que ciega en su hijo, como es natural, al saber que usted ha salido de este establecimiento profiriendo frases de venganza y prometiendo volver, ha ido a con-

társelo al padrino de Aurelio, que es un tío más bruto que el regatón de una cachava, y que por dos perras gordas mata a su padre.

Baldom. Bueno; y ¿qué?

Claro Que al enterarse del caso, creo que ha dicho, sobre poco más o menos, lo siguiente: «Dejar que vaya ese matón, que yo iré también dentro de un rato y nos veremos las caras.»

Baldom. A mí va a ser un poco difícil que me la vea.

Claro Yo le aconsejo a usted que se ausente, que no espere, por su bien.

Baldom. ¿Sí, eh? *(Sacando y destapando la botella.)* Perdona que me enjuague con este elixir que me ha dao el farmacéutico pa que no se me erisipele la tráquea. Y mientrastanto, me vas a hacer el favor de irme por una cajetilla de cincuenta, pa esperar fumando a ese tanque. *(Le da dinero.)*

Claro Muy bien; yo ya le he advertido a usted; de lo que pase ahora, responda el cielo, yo no. *(Medio mutis.)* ¡Este tío es más valiente que Núñez de Balboa! *(Mutis foro.)*

Baldom. *(Se sienta junto al mostrador.)* ¡Vamos, que venirme a mí a meter miedo! *(Agita la botella.)* Esa fábula del hombrefiera que da la cara por defender a su tierno ahijao, es más vieja que Samaniego ¡Qué risa! Yo no salgo de este establecimiento hasta que no liquide una existencia. Me voy a enjuagar con el elixir. *(Se echa un buche en la boca y se enjuaga.)*

(Por el fondo entra PARRONDO violentamente, abriendo la navaja y dando gritos guturales. Baldomero lo ve, arroja el elixir, da un salto y se refugia tras el mostrador. Parrondo le persigue enseñándole la navaja e indicándole con los dedos que le dé tres reales y que no puede hablar, señas que Baldomero traduce en que quiere darle tres puñaladas en la nuez.)

Parron. ¡Aaaaaáh!... ¡Aaaaaah!...

Baldom. ¡¡El padrino!!... ¡¡Socorro!!... ¡Guardias!... ¡Señores agentes!... ¡Que quiere darme tres puñaladas en la nuez!... ¡Señores agentes! ¡Al asesino!... ¡Socorro! ¡Socorro!...

(Parrondo, en vista de la inutilidad de su mímica corriendo a Baldomero de un lado a

otro del mostrador, cierra la navaja, se la guarda y se va por el foro.)

Baldom. *(Se incorpora y trata de andar apoyándose en todo lo que encuentra.)* ¡Ay, que tengo las piernas que son dos flanes!... ¡Socorro, que ese tío vuelve!... ¡Socorro! *(Se desploma en una silla.)*

(Visita, por la derecha.)

Visita ¿Qué sucede? ¡Dios mío! ¿Usted? *(Se acerca a Baldomero)*

Baldom. ¡Asesina!

Visita No me eche usted piropos, que no estoy para ellos.

Baldom. No, si la llamo a usted asesina, como se lo llamaría al capitán Sánchez.

Visita ¿A mí? ¿Por qué?

Baldom. No se contenta usted con abofetearme, sino que me manda usted un presidiario para que me liquide, con una navaja tan enorme, que debe ser el anuncio de un vaciador.

Visita ¿Yo a usted? ¿Que le he mandado yo a usted un presidiario?

Baldom. ¡Hágase usted de nuevas! Sé quien es. Es su compadre.

Visita ¿Mi compadre?

Baldom. Su compadre, sí; el padrino de Aurelio.

Visita El padrino de Aurelio está en California desde el año 14, en un rancho.

Baldom. ¡Esa es una patata que me quiere usté meter!... ¡Ay, yo me muero!...

Visita ¡Por Dios!

Baldom. ¡Aire! ¡Aire, señá Visita!... ¡A mí me falta el aire!

Visita Vamos, siéntese usted. Abriré la puerta. *(Va a la puerta del foro y la abre.)*

Baldom. (Yo no entiendo a esta mujer; me envía un asesino y ahora me cuida como una monja.)

Visita Y digo yo, señor Baldomero; eso que me dice usted del hombre de la navaja, ¿no habrá sido una alucinación?

Baldom. Ha sido una verdad como los Evangelios.

Visita Me choca, porque hay que decirlo todo. Clarito le ha dicho a usted lo del padrino para asustarle y dar tiempo a que yo le explicara a usted con qué objeto le he dao la bofetada.

Baldom. ¡Ah! ¿Pero usted me dió la bofetada con un objeto? ¡Ya decía yo!

Visita No, no; se la di con la mano; pero quiero

decir que todo ha sido una estratagema para que los chicos se encorajinasen y entraran otra vez en ganas de quererse, como cuando nos tirábamos los trastos a las cabezas respectivas.

Baldom. ¡Ah! ¿De manera que la escenita de antes fué una pamplina?

Visita Sí, señor; y la bofetada, otra pamplina.

Baldom. No, señora; no fué una pamplina, porque todavía me estoy enjuagando.

Visita Sí; tiene usted razón; pero reflexione usted, señor Baldomero, que yo tenía que matizar.

Baldom. ¡Y matizó! ¡Ya lo creo que matizó!...

Visita Hágase usted cargo...

Baldom. Bueno, pero ¿ese tío que entró antes violentamente con una navaja?...

Visita Eso es una quimera. Esas cosas se ven cuando está uno muy nervioso. Mire usted; yo tenía una tía en Cogolludo, completamente histérica; bueno, pues a esta señora se la murió un tío suyo, a quien quería con delirio, y empezaron a darla unos ataques horrorosos. Daba vueltas hasta que caía al suelo rendida. Y aquí de lo que yo le digo a usted; durante el ataque, veía a su tío como le estoy a usted viendo yo ahora.

Baldom. ¡Qué barbaridad!

Visita Y se ponía a gritar: «El tío vivo! ¡El tío vivo!»... Y Empezaba a dar vueltas.

Baldom. ¿De modo que usted cree que ha sido una alucinación?

Visita Como me he de morir.

Baldom. Usted me engaña.

Visita Yo no le he engañado a usted. *(Sale Claro por el foro.)* Vamos a ver, Clarito, pero muy clarito: ¿Has visto tú algún hombre salir de aquí con una navaja en la mano?

Claro Sí, señora.

Visita ¡Caray! ¿Y quién era?

Claro Pues, ese hombre...

Visita La verdad; di la verdad.

Claro Pues ese hombre es un hombre que para no matar a su novia, que es una coqueta, ha venido a empeñar la navaja.

Visita Ahí lo tiene usted.

Baldom. Entonces, ¿por qué me dijiste que era el padrino de Aurelio?

Claro Para evitar, señor Baldomero, que llenase

usted de luto esta casa de compraventa mercantil.

Visita Es un genio. Donde usté lo ve, él ha logrado que Acacia y Aurelio se reconcilien, y que con ello usté y yo no tengamos una sombra de infelicidad en nuestro radiante futuro.

Baldom. Señá Visita. ¡Tiene usté un corazón que es un bargueño!

Visita *(Enterneciéndose.)* ¡Gracias, Baldomerito!

Baldom. ¡Las que tú atesoras, Visitita!

Claro ¡Caray! ¡Que se ponen melosos! *(Se va a la puerta del foro.)*

Baldom. Yo antes vine a pedir tu mano; ¿dónde está?

Visita ¡Aquí! *(Le tiende una mano con languidez.)*

Baldom. *(Cogiéndosela.)* ¡Asesina!

Visita ¿Me lo dices como vituperio?

Baldom. Te lo digo como flor de un día.

Visita ¡Ladrón!

Baldom. ¡Timadora!

Visita ¿Me quieres?

Baldom. ¡Fíjate en mis ojos!

Claro *(Dando voces.)* ¡Los chicos! ¡Que vienen los chicos!... ¡No se pongan tiernos, que lo estropean todo!... ¡Peléense!... ¡Insúltense!

Visita *(Fingiendo pelearse con Baldomero.)* ¡So sinvergüenza!

Baldom. ¡So liosa! ¡So prestamista! *(Acacia y Aurelio aparecen en el foro y se detienen en él.)*

Visita *(Escandalizando.)* ¡Mi hijo con su hija, nunca!

Baldom. ¡Jamás!

Visita ¡Antigualla!

Baldom. ¡Mamarracho!

Visita ¡Quítese usted de mi vista, sinvergüenza!

Baldom. ¿Yo sinvergüenza? *(Se lanza hacia Visita y le da una bofetada.)*

Visita ¡Ay!

Aurelio / **Acacia** ¡Ah!

Baldom. (¡Me la ha pagao!)

Aurelio ¡Otro abismo!

Visita ¡Otro! ¡Qué horror! *(Se abrazan consternados.)*

Aurelio Ya lo ves, Acacia. No nos queda otro remedio. A depositarte ante el juez. Los hijos no debemos pagar las culpas de los padres.

Acacia Tienes razón. Vamos. *(Mutis Acacia y Aurelio por el foro.)*

Claro ¡Se casan! ¡Se casan!

Baldom. *(A Visita.)* Perdona, Visitita, que es que he matizao.

Visita *(Quejándose.)* Me has roto los molares; pero ahora sí que se casan definitivamente

Baldom. *(Entregándole el frasco del elixir.)* Toma, vida mía; enjuágate con esto, que es mano de santo.

Visita ¡La que no es mano de santo es la tuya! ¡So ladrón!

(Toman ambos un buche del elixir y hacen gárgaras, con las manos enlazadas amorosamente.)--Telón

FIN DE LA OBRA

Obras de Enrique García Alvarez

Apuntes al lápiz.
Al toque de ánimas.
La trompa de caza. (Segunda edición.)
Salomón.
La candelada.
El señor Pérez.
El niño de Jerez.
Figuras del natural (revista.)
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos.
¡Todo está muy malo! (Segunda edición.)
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz. (Décimatercera edición.)
Sombras chinescas.
Los cocineros. (Cuarta edición.)
El arco iris. (Segunda edición.)
Los rancheros. (Tercera edición.)
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Churro Bragas (parodia). (Tercera edición.)
Alta mar. (Cuarta edición.)
Concurso universal.
Los Presupuestos de Ex-Villapierde. (Sexta edic.)
La alegría de la Huerta. (Undécima edición.)
El Missisipí. (Segunda edición.)
La luna de miel. (Segunda edición.)
Las venecianas.
Los gitanos.
La torta de Reyes.
Los niños llorones. (Tercera edición.)
La boda. (Letra y música.)
La muerte de Agripina.
La cuarta del primero. (Letra y música.)
El terrible Pérez. (Cuarta edición.)
El famoso Colirón.
El pícaro mundo. (Segunda edición.)
La primera verbena.
¡Pobre España!
Congreso feminista.
El palco del Real.
El pobre Valbuena. (Sexta edición.)
El perro chico. (Cuarta edición.)
La reja de la Dolores. (Tercera edición.)
El iluso Cañizares. (Tercera edición.)
El ratón. (Tercera edic.)
El pollo Tejada. (Tercera edición.)
El noble amigo. (Segunda edición.)
El distinguido Sportsman.
La gente seria.

La edad de hierro. (Letra y música.)
La suerte loca.
Alma de Dios. (Quinta edición.)
Hasta la vuelta.
El hurón.
Felipe segundo.
La comisaría. (Reformada.) (Letra y música.)
El método Górritz. (Tercera edición.)
Mi papá. (Segunda edic.)
La primera conquista.
El amo de la calle. (Música.)
Genio y figura. (Segunda edición.)
El trust de los Tenorios.
Gente menuda. (Segunda edición.)
El género alegre. (Musica.)
El príncipe Casto.
El fresco de Goya. (Segunda edición.)
El cuarteto Pons.
Las cacatúas.
El bueno de Guzmán. (Letra y música.)
La catástrofe de Burgos.
Ideal festín. (Música.)
La Corte de Risalia.
El maestro Vals. (Letra y música.)
Los chicos de la calle.
La Venus de piedra. (Letra y música.)
El alma de Garibay.
Fúcar XXI. (Letra y música.)
Pastor y Borrego. (Segunda edición.)
La niña de las planchas.
Las vírgenes paganas.
La frescura de Lafuente. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes. (Segunda edición.)
La Remolino. (Segunda edición.)
La escala de Milán.
La conferencia de Algeciras.
El verdugo de Sevilla. (Cuarta edición.)
El último Bravo. (Segunda edición.)
La locura de Madrid.
Los cuatro Robinsones.
El cabo Pinocho. (Letra y música.)
Nieves de la Sierra.
El Rey del Tabaco.
El niño judío. (Segunda edición.)
Las buenas almas.
Juanito y su novia.
Pancho Virondo.
La tragelia de Laviña o El que no come «la diña». (Segunda edición.)
El puesto de «antiquités» de Baldomero Pagés.

Obras de Fernando Luque

El crimen de esta noche, sainete en un acto, estrenado en el Coliseo Imperial.

Las mujeres mandan o Contra pereza diligencia, sainete en dos actos, con música del maestro Fuentes, estrenado en el teatro Cómico.

Los últimos frescos, juguete cómico en dos actos, primer premio en el Concurso de «La Novela Cómica», estrenado en el teatro Cómico.

El presidente Mínguez, zarzuela en dos actos, con música del maestro Luna, estrenada en el teatro Apolo.

La última astracanada, zarzuela en un acto, con música del maestro Fuentes, estrenada en el teatro Martín.

Paz y Ventura, sainete lírico en un acto, con música de los maestros Foglietti y Fuentes, estrenado en el teatro Cómico.

La tragedia de Laviña o El que no come «la diña», sainete en dos actos, con un número de música de Enrique García Alvarez, estrenado en el teatro Infanta Isabel. (Segunda edición.)

El puesto de «antiquités» de Baldomero Pagés, sainete en dos actos, estrenado en el teatro Lara.

La nariz de Cleopatra, un tomo. (Agotada.)

Filosofía cómica, un tomo. (Idem.)

El pollo, el chulo y la bailarina. (Edición de «La Novela de bolsillo.»)

Wenceslao Celebro. (Idem.)

Los teutones en España o Hindemburg ante Belmonte. (Idem.)

Una pasión y un frac. (Edición de «La Novela Cómica».)

El hijo de Parsifal. (Edición de «El Cuento Nuevo».)

Un pelo de tonto, novela editada por la Biblioteca «Eros».

La Venus negra, primer premio en el Concurso de «La Novela Galante».

La señorita Merlo. (Edición de «La Novela Galante».)
El chaleco del vecino. (Idem.)
Pío Portí. (Idem.)
La lumbre de la pipa. (Idem.)
Madame Chantilly. (Idem.)
La selva virgen. (Idem.)
La astucia de la zorra. (Idem.)
El pedícuro. (Idem.)

EN PREPARACIÓN

El libro de un hombre alegre. (Colección de cuentos publicados en «El Liberal», «Blanco y Negro», «Nuevo Mundo», «Mundo Gráfico», «La Esfera» y «Los Lunes de «El Imparcial».)
Los grandes hombres cuando eran pequeños. (Serie de informaciones publicada en «Hojas Selectas».)
El libro verde. (Colección de cuentos galantes publicados en «La Hoja de Parra», «El Viejo Verde» y «K D T».)

Precio: 3 pesetas